



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las relaciones México-Canadá:
de la apatía al compromiso

Autor: Zea Prado, Irene

Forma sugerida de citar: Zea, I. (2000). Las relaciones México-Canadá: de la apatía al compromiso. *Cuadernos Americanos*, 1(79), 240-253.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 79, (enero-febrero de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Las relaciones México-Canadá: de la apatía al compromiso

Por Irene ZEA PRADO

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México*

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA cambia drásticamente la fisonomía del mundo: de un universo bipolar se pasa a otro multipolar. De la aldea local a la aldea global. A la vez que cuestiones étnicas y políticas fragmentan pueblos al por mayor, una euforia por el libre mercado los aglutina en grandes bloques económicos. En éstos, ni nacionalismos ni fronteras cuentan, pero sí la referencia a una misma unidad continental. El nuevo regionalismo toca al hemisferio occidental, que recompuesto en un todo modifica su escenario: a sus dos actores tradicionales, Estados Unidos y América Latina, se suma un tercero, Canadá.

Efectivamente, ya casi al cerrar el siglo xx, Canadá se asume por primera vez como parte de las Américas. Condición que formaliza en enero de 1990 con su ingreso a la Organización de Estados Americanos (OEA) y que ratifica al incorporarse de lleno a las negociaciones del Tratado Trilateral de Libre Comercio (TLC). Es justamente con éste que los vecinos del vecino, México y Canadá, despiertan de su prolongada inercia, transformando sustancialmente el trato y la perspectiva mutua. De la apatía, en un giro de 180 grados, se llega al compromiso.

Así, México y Canadá, antaño ajenos y desconocidos, hoy socios comerciales y aliados estratégicos en diversas iniciativas de alcance global, irán entretejiendo una peculiar relación, rica en matices y lecciones pero, desafortunadamente, aún poco explorada por los especialistas del tema. Para entender su dinámica actual es necesario indagar el pasado, y este ir del ayer para ver el mañana nos lleva a transitar por las páginas de su historia. Una historia con planicies y cornisas, objeto de reflexión de las siguientes páginas.

Canadá, colonia inglesa con acento francés, llega tarde a la independencia. Lo hace en 1926 sin violencia, casi en silencio. Es

una independencia negociada en el papel, en términos que no ofenden a la madre patria: el rey de Inglaterra lo es también de Canadá.¹

En los asuntos externos relacionados con el hemisferio occidental, Gran Bretaña lleva la batuta. Esto más de un siglo después que los países latinoamericanos se constituyeran en naciones soberanas. No es sino en 1931 que Canadá, mediante el Estatuto de Westminster, adquiere el derecho a establecer relaciones diplomáticas de manera autónoma.

Ello explica, en parte, la vocación atlántica de Canadá. Como Estado europeo en el continente americano, el continente en sí no le interesa tanto. Pero si Europa tiene importancia congénita, Estados Unidos, su única frontera natural terrestre, con el tiempo será su prioridad número uno.²

En la medida que Canadá restringe sus vínculos hemisféricos a los Estados Unidos, México también hace lo propio. No ve más allá de ese país que se bautiza América, descuidando su frontera sur, y no se diga de la nación situada en el lejano norte. Por un buen tiempo, México y Canadá no existen el uno para el otro, se ignoran, se conocen poco, no obstante contactos esporádicos y cierto dejo de curiosidad propia que no sobrepasa las barreras del comercio. De relación formal no hay nada, hasta la segunda Guerra Mundial, cuando de pronto se miran como aliados.

El conflicto de México con Su Majestad Británica, suscitado en torno del petróleo, complica un poco el panorama, que intereses de carácter estratégico y de orden económico allanan. Finalmente el 16 de marzo de 1944 las relaciones diplomáticas entre las dos naciones quedan puntualmente inauguradas.

La presencia de Canadá en México no es del todo nueva. Una avanzada de hombres de negocios antecede a los embajadores. Ya en 1865 los representantes de las cuatro provincias británicas norteamericanas —Canadá, Nueva Escocia, Nueva Brunswick y la Isla Príncipe Eduardo— ven en el mercado mexicano una alternativa comercial frente al expansionismo del mercado estadounidense. Para explorarlo envían una misión comercial que no cumple con su cometido. Los tiempos políticos no son propicios. México vive de lleno la tragedia de la intervención francesa. Más adelante, otros

¹ Germán Arciniegas, "Historia e historias de las Américas", en *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, p. 283.

² Julián Castro Rea, "Canadá, ¿aliado o adversario? un punto de vista mexicano", *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 38 (primavera de 1993), p. 44.

comisionarios llegan y se van, hasta 1905, cuando A. W. Donly llega para quedarse.³

Desde entonces se destacan los dos rasgos fundamentales que definen y condicionan las relaciones entre las dos naciones, el primero es su acento en lo económico y el segundo es su carácter triangular: se contempla siempre en el otro una oportunidad para “contrabalancear” la influencia o el peso de un tercero.

Así lo piensa y lo percibe el presidente mexicano Porfirio Díaz a la vuelta del pasado siglo. En su política de apertura a la inversión extranjera para modernizar al país, Canadá encaja a perfección. Su participación cancela el monopolio del capital de una sola fuente. A su llamado acuden inversionistas canadienses, prestos a enfrentar el reto de la tecnología y de la operación de los servicios públicos y de transportes

Para 1905, Frederick Stark Pearson, estadounidense de origen pero de convicción canadiense, controla virtualmente el servicio de luz eléctrica y de tranvías en las ciudades de México y Monterrey. En 1909, el mismo Pearson, a la cabeza de intereses canadienses, adquiere el Ferrocarril Mexicano del Noroeste. El tramo que va desde Chihuahua por la orilla de la Barranca del Cobre a Los Mochis es una obra insigne de ingeniería canadiense. Detrás de los empresarios llegan los banqueros. El Banco de Montreal abre su primera sucursal en 1906 y el Banco Canadiense de Comercio inicia operaciones en 1910.⁴ En síntesis, ingenieros e inversionistas canadienses construyen ferrocarriles, sistemas de trolebuses, estaciones de energía eléctrica y minas a todo lo largo y lo ancho del país, sentando las bases del México moderno.

La interrupción violenta de la Revolución Mexicana corta de tajo la boyante relación comercial entre los dos países. Los empresarios canadienses se ven seriamente afectados en sus intereses, principalmente en lo referente a los medios de comunicación y transporte. Es un hecho: para 1916 la mayoría de los bancos han cerrado sus oficinas. Quedan muchos pendientes y pocas posibilidades reales de atención. La situación se complica, Canadá carece de una representación diplomática independiente de Inglaterra.⁵

³ David Winfield, “Relaciones bilaterales Canadá-México”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 38 (primavera de 1993), p. 33

⁴ J. C. M. Ogelsby, *Gringos from the Far North*, Toronto, Universidad de Toronto Macmillan, 1976, pp. 157-158.

⁵ Teresa Gutiérrez-Haces, “México-Canadá: vecindad interferida”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 51 (otoño-invierno de 1996), p. 19.

Frente al vacío creado en sus relaciones con Canadá, México toma la iniciativa. En 1920 envía a Luis Martínez como representante comercial en Toronto y nombra cónsules en las localidades de Vancouver, Winnipeg y Montreal. Por su parte, el Ministerio Comercial de Canadá manda, al siguiente año, un agente para sondear el terreno ante el gobierno del general Álvaro Obregón. Los resultados son lentos y el primer reporte, por el lado de los canadienses, no se produce sino hasta diez años después.

Entretanto no se pierde tiempo ni oportunidades. Durante la década de los veinte, Canadá hace noticia como proveedor de armas a grupos rebeldes. Demandas públicas se suceden en 1920, 1922, 1927 y 1929, sin que los alegatos prosperen. A río revuelto ganancia de pescadores. Los negocios, negocios son.⁶

Para 1930 el panorama es claro, Canadá toma conciencia de la necesidad de romper con el predominio que Estados Unidos y Gran Bretaña ejercen sobre el comercio mexicano, y México se da cuenta del potencial que representa la relación con Canadá. Así lo hace ver Juan Almazán, secretario de Comunicaciones de México, en una carta que envía al presidente Pascual Ortiz Rubio, a su regreso de un viaje por aquellas latitudes. En su misiva propone que Canadá y México “formen una nueva entidad económica similar a la americana, como único medio para librarnos de la pobreza en la que siempre hemos vivido [...] Probablemente no hay otros países en el mundo susceptibles a complementarse tan admirablemente como Canadá y México”.⁷

La idea de una alianza económica entre México y Canadá tarda dieciséis años en concretarse. Se lleva a la práctica en 1946 en la forma de un acuerdo de reciprocidad comercial. Acuerdo que sienta las bases de un código de conducta basado en los principios de la nación más favorecida. Miguel Alemán, el presidente de los mexicanos, lo anuncia a su pueblo en su mensaje anual el 1º de septiembre de 1947: “Se concertó un tratado de comercio con Canadá”.⁸

A pesar de ser prometedor, la relación México-Canadá no alcanza el dinamismo esperado. Atrapada en los parámetros de la

⁶ Luis G. Zorrilla, *Relaciones políticas, económicas y sociales de México con el extranjero*, México, edición del autor, 1976, p. 75.

⁷ Ogelsby, *Gringos from the Far North*, p. 75.

⁸ XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, *Los Presidentes de México ante la Nación*, México, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1966, p. 363.

Guerra Fría sufre los altibajos que caracterizan la conexión canadiense con toda Latinoamérica durante los años de la posguerra.⁹ Misiones comerciales van y vienen. Se establece un acuerdo de servicios aéreos. Se pronuncian grandes discursos e inclusive hay una participación conjunta contra la Guerra de Corea. Sin embargo la inversión no crece y aquel primer acuerdo comercial que tanto bombo hizo, expira a principios de los cincuenta sin que se haga nada al respecto.¹⁰

Si la guerra une a México y a Canadá, la paz los aparta. Situaciones y proyectos económicos distintos los ubican en campos opuestos. En la línea que divide a los países ricos de los pobres, México se agrupa con el llamado “Tercer Mundo” y Canadá pasa a formar parte del próspero “Club del Norte”.¹¹ Por otro lado, mientras México considera inaceptable cualquier planteamiento de libre comercio y vuelve la mirada hacia adentro adoptando la estrategia de sustitución de importaciones recomendada por la Comisión Económica para América Latina, Canadá, por el contrario, abandona su tradicional aislacionismo y opta por un nuevo internacionalismo a través de su participación en los nacientes organismos, entre ellos el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) pero no así la Organización de Estados Americanos (OEA). Cabe señalar que Estados Unidos es un importante dique en la relación de ambos países.

Con una “indiferencia amable”, que caracteriza el trato de México y Canadá, transcurren los años de la posguerra. Los diversos pronunciamientos por parte de los ejecutivos mexicanos con respecto a Canadá giran en ese tono. El presidente Adolfo Ruiz Cortines no es ninguna excepción; en su informe de gobierno del 1º de septiembre de 1953 expresa lo siguiente: “Nuestras relaciones con Canadá se manifiestan inalterables en la cordialidad del afecto mutuo y la plenitud de la comprensión”.¹²

⁹ Harold P. Klepak, “Crisis y oportunidades: dos lustros en las relaciones entre México y Canadá, 1939-1944 y 1989-1994”, en Mónica Vereá, comp., *50 años de relaciones México-Canadá: encuentros y coincidencias*, México, Centro de Estudios sobre América del Norte, UNAM, 1994, p. 63.

¹⁰ Michael Hart, “Porque el TLCAN puede, debería y habrá de marcar una diferencia en los próximos cincuenta años de relaciones diplomáticas entre Canadá y México”, en Gustavo Vega Cánovas y Francisco de Alba, comps., *México-Estados Unidos-Canadá 1995-1996*, México, El Colegio de México, 1997, p. 53.

¹¹ James Rochlin, *Discovering the Americas*, Vancouver, UBC Press, 1994, p. 33.

¹² *Los Presidentes de México ante la Nación*, p. 490.

Tres años más tarde, en 1956, tiene lugar el primer encuentro trilateral México-Estados Unidos-Canadá en White Sulphur, Virginia. En dicha reunión los representantes de México y Canadá cobran conciencia de la similitud de problemas que comparten frente a su poderoso vecino, entre los que destacan cuestiones ambientales, la pesca ilegal que realizan barcos de procedencia estadounidense y la contratación temporal de trabajadores agrícolas. Desafortunadamente no se firma tratado o convenio alguno. La relación comercial se repliega a la iniciativa esporádica de hombres de negocios, sin mayor participación oficial.¹³

Durante la década de los sesenta, Canadá y México tienen poco que decirse uno al otro. Sin embargo la semilla sembrada en White Sulphur ha dado frutos. En ambos gobiernos se da una coincidencia de intereses al tratar de ampliar el horizonte limitante que les impone la vecindad con los Estados Unidos. Canadá da el primer paso importante en esa dirección al sumarse como observador en la OEA, y México hace lo propio al establecer el desarrollo económico como uno de sus objetivos de política exterior, que no implica otra cosa que la diversificación de sus relaciones. Ambas naciones redefinen sus propias concepciones del papel que les corresponde en el mundo.¹⁴

En 1959, Adolfo López Mateos se convierte en el primer mandatario mexicano en visitar Canadá. Meses después, le corresponde el honor al primer ministro John Diefenbaker. En los encuentros entre los dos jefes de Estado y de Gobierno es objeto de especial atención la cuestión de la "vecindad compartida".¹⁵

Si bien es cierto que con López Mateos se dan los primeros intentos por acercarse a Canadá en el afán de reducir la dependencia con los Estados Unidos, el potencial de esta relación es desaprovechado. Todo se queda en buenos deseos, sin pasar del dicho al hecho. Lo mismo se aplica a Canadá que, salvo mantener relaciones con el gobierno de Castro en Cuba, ante el disgusto de Washington, no incrementa sus contactos con América Latina.

En lo que respecta a México, la siguiente administración, encabezada por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, abandona el

¹³ Sandra Fuentes, "A new era in Mexican-Canadian relations", *Voices of Mexico*, núm. 38 (enero-marzo de 1997), p. 105.

¹⁴ Rosalba Ojeda, "México, Canadá y los cambios en el sistema político canadiense", en Teresa Gutiérrez H. y Mónica Vereza, comps., *Canadá en transición*, México, Centro de Estudios sobre América del Norte, UNAM, 1994, pp. 413-414.

¹⁵ Gutiérrez-Haces, "México-Canadá: vecindad interferida", p. 29.

“internacionalismo” de su antecesor y se concentra en el Sur, en esa región de pueblos hermanos, tan descuidada, tan desairada. Con la mente puesta principalmente en Centroamérica, Canadá queda al margen y pasa a ser tan sólo un punto de referencia para afirmar la vocación bolivariana de integración, en donde, por supuesto, no entran ni Estados Unidos ni Canadá.

De esta manera, el primer mandatario mexicano es contundente en su primer informe de Gobierno, el 1º de septiembre de 1965: “Concebimos la integración económica como un esfuerzo de Latinoamérica, circunscrito exclusivamente a ella, sin hostilidad hacia los Estados Unidos y Canadá o hacia alguna de las grandes áreas industrializadas. No se trata de ir contra nadie, sino de sumar esfuerzos en favor de nosotros mismos”.¹⁶

En 1968, el gobierno de Ottawa, presidido por Pierre Elliot Trudeau, incluye a América Latina como parte de su enfoque como “tercera opción”.¹⁷ Textualmente así lo expresa el primer ministro, en una declaración del 29 de mayo de ese año:

Tenemos que tomar mucho más en cuenta los lazos que nos unen a otras naciones de este hemisferio —en el Caribe, en América Latina— y sus necesidades económicas. Tenemos que explorar nuevos caminos para aumentar nuestras relaciones políticas y económicas con Latinoamérica, donde vivirán más de cuatrocientos millones de personas antes del fin del siglo y donde tenemos intereses considerables.¹⁸

El *Foreign Policy for Canadians*, un documento de 185 páginas, expresa los objetivos generales de la nueva política latinoamericana, de los cuales se destacan los siguientes: fomentar el conocimiento “de pueblo a pueblo”; contribuir al desarrollo económico de la región; promover el comercio y la inversión e incrementar la concertación entre gobiernos para la resolución de los problemas internacionales.¹⁹

Quizás la consecuencia más significativa de la política de la tercera opción es el descubrimiento de América Latina por parte

¹⁶ *Los Presidentes de México ante la Nación*, p. 893.

¹⁷ Isabel Studer, “Fundamentos y condicionantes de una sociedad estratégica entre México y Canadá”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 55 (otoño-invierno de 1996), pp. 57-58.

¹⁸ Canadian Institute of International Affairs, *CIIA Monthly Report*, vol. VII, num. 5 (mayo de 1968), p. 62.

¹⁹ Bernard M. Woods, “La nueva política de Canadá hacia América Latina”, *Foro Internacional*, vol. XII, núm. 1 (julio-septiembre de 1971), pp. 27-35.

de Canadá. La misión ministerial que recorre el subcontinente americano, en los últimos meses de 1968, quiere contrarrestar los efectos de la integración de la región que los dejaba fuera, en un momento que se buscaba, precisamente, ampliar el horizonte comercial. Los pormenores de su incidencia en México los expone el propio presidente Díaz Ordaz en su quinto informe de gobierno, el 1º de septiembre de 1969: "Con motivo de la visita de la Misión Ministerial Canadiense, en noviembre de 1968 se creó el Comité Conjunto México-Canadá, que sin duda servirá para vigorizar las relaciones económicas entre los dos países".²⁰

Este Comité que debe empezar a funcionar lo más pronto posible, con intervalos de no más de dos años, aborda fundamentalmente asuntos de carácter económico, pero sin dejar de ver cuestiones políticas y culturales. Las repercusiones de esta nueva disposición no se hacen esperar. Díaz Ordaz en su sexto y último informe de gobierno, el 1º de septiembre de 1970, comenta:

Temporalmente se resolvió el problema pendiente de Canadá respecto de nuestras exportaciones de hilo de algodón, a las que se les había fijado un arancel que consideramos discriminatorio por parte de ese país. Los dos países acordaron permitir las exportaciones de 165 000 libras mensuales, durante un periodo de transición que abarca de marzo a septiembre de 1970.²¹

Con Luis Echeverría Álvarez como presidente de México, Trudeau encuentra un fiel interlocutor a su política de la tercera opción. Los esfuerzos de la administración en turno buscan hacer menos sofocante la presencia de los Estados Unidos en la vida nacional. México se abre al mundo incursionando en territorios anteriormente vedados, como son los países socialistas de la Europa Oriental. Asimismo, Echeverría Álvarez, al igual que su par en Canadá, cuestiona al rígido sistema emanado de dos bloques opuestos e irreconciliables. Para tal efecto apoya a los países del Tercer Mundo y a los No Alineados, sustenta el "pluralismo ideológico" y frente al conflicto Este-Oeste privilegia al diálogo Norte-Sur. Durante este periodo se da inicio al proceso de la articulación y sistematización de la relación bilateral.

Conforme a lo anterior, en 1971 se lleva a cabo la primera reunión del Comité Ministerial Conjunto México-Canadá, en donde

²⁰ *Los Presidentes de México ante la Nación*, p. 512.

²¹ *Ibid.*, p. 518.

los ministros de los dos países identifican la cooperación comercial, científica y tecnológica, el turismo, los intercambios culturales y juveniles, y los asuntos consulares como áreas de cooperación.²²

Dos años más tarde, el presidente Luis Echeverría incluye en su agenda internacional al Canadá, en una visita de Estado que realiza del 29 de marzo al 2 de abril de 1973. La correspondencia de puntos de vista entre los mandatarios de los dos países traspasa los límites de lo bilateral para ubicarse en el terreno de lo multilateral. A la par que Trudeau apoya la iniciativa de una "Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados", México se abre a la inversión extranjera y acepta discutir su posible ingreso al GATT.

En 1974, la buena disposición de los dos gobiernos se ve reflejada en la puesta en marcha del Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales, que permite a 208 trabajadores mexicanos ser contratados en las provincias de Ontario, Quebec y Columbia Británica, en pie de igualdad en derechos, salarios y prestaciones a los nativos de aquellas comarcas.²³

Un ambiente de cordialidad permea la segunda reunión del Comité Ministerial Conjunto México-Canadá, celebrada en 1974, esta vez en la ciudad de México. Los ministros discuten temas de comercio e inversión y acuerdan la necesidad de una mayor cooperación en temas de energía, ciencia y tecnología. Antes de la reunión, el ministro de Industria y Comercio, Alistair Gillespie, guía una misión de hombres de negocios a México y da el anuncio de una línea de crédito de 200 millones de dólares de la Corporación de Desarrollo de la exportación para financiar proyectos en México.²⁴

Al año siguiente, 1975, se suma un nuevo mecanismo institucional de entendimiento entre México y Canadá: las reuniones interparlamentarias. En dicho foro, los legisladores de los dos países intercambian experiencias y opiniones, evaluando también el avance de los proyectos conjuntos.²⁵

²² David Crane, "Transformación de las actitudes de los hombres de negocios canadienses hacia México", en Vereá, *50 años de relaciones México-Canadá: encuentros y coincidencias*, p. 77

²³ Ojeda, "México, Canadá y los cambios en el sistema político canadiense", p. 414.

²⁴ Crane, "Transformación de las actitudes", p. 78.

²⁵ Jorge Castro-Valle K., "México-Canadá: hacia la consolidación de una nueva relación estratégica", en Vereá, *50 años de relaciones México-Canadá: encuentros y coincidencias*, p. 39.

1976 es un año clave: por primera vez en la historia un primer ministro canadiense realiza una visita oficial a Latinoamérica. En febrero le toca a México, sin embargo los tiempos políticos no son los más adecuados. A punto de concluir el periodo de Luis Echeverría Álvarez, y con serios problemas dentro en su gobierno, Trudeau encuentra poca resonancia a sus propuestas. Un periodista que acompaña a la delegación canadiense comenta: "Echeverría parecía más interesado en hablar que en escuchar. Él y su comitiva consumían la mayor parte del poco tiempo asignado para la discusión, con cansadas lecturas sobre las posiciones mexicanas [...] Con dificultad, Trudeau captaba alguna palabra de refilón".²⁶

La tentativa de una mayor cooperación entre el gobierno de Luis Echeverría y Pierre Trudeau se diluye. La prioridad mutua es además un tanto difusa, sobre todo en cuestiones económicas. Canadá es para México un país dentro de una amplia tentativa de diversificación enfocada sobre todo al Tercer Mundo. México es también uno más en el conjunto de los países latinoamericanos a los que Canadá desea acercarse con una visión demasiado orientada en lo económico.

Sin embargo, no mucho tiempo después, el descubrimiento de "oro negro" en México revive el interés de los hombres de negocios canadienses en el país. En 1977 llega una misión encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores, Don Jamieson, para promover el comercio y los lazos de inversión así como el incremento del turismo y procurar vínculos en asuntos de energía.²⁷

El Comité Ministerial Conjunto México-Canadá se vuelve a reunir por tercera ocasión en 1978. Un desacuerdo entre los ministros se da a raíz de una propuesta de México de convocar a una reunión trilateral de Canadá, Estados Unidos y México, con el fin de discutir una gran variedad de temas. Canadá siente que México quiere aprovechar su presencia para no negociar directamente con Estados Unidos y así evitar las expresiones de impopularidad al interior de su país. Una década más tarde, a la luz de la globalización, Ottawa enmienda su reticencia con respecto a la negociación trilateral.²⁸

²⁶ Rochlin, *Discovering the Americas*, p. 98.

²⁷ Crane, "Transformación de las actitudes", p. 78.

²⁸ Rochlin, *Discovering the Americas*, pp. 100-101.

A principios de la década de los ochenta, México se convierte en un asunto de primer orden para Canadá: desde el punto de vista económico representa un mercado sumamente atractivo para sus exportaciones y capital, sin contar con los amplios recursos petroleros; y desde el punto de vista político, México es considerado una potencia media en el hemisferio occidental con intereses similares a los de Canadá en la región.

Dado lo anterior, resulta natural la afinidad que se da entre la nueva administración del presidente José López Portillo y la del primer ministro Pierre Elliot Trudeau. Ambos gobernantes se entrevistaron en más de cuatro ocasiones.

La primera visita de López Portillo a Ottawa, en mayo de 1980, resulta más que satisfactoria. En primer lugar, porque se firma un acuerdo bajo el cual Pemex vendería hasta 50 000 barriles diarios de petróleo a la compañía nacional de petróleo de Canadá, Petro-Canadá. Esto, justo en el momento en que la OPEP ha incrementado sus precios por segunda vez. En segundo lugar, porque Canadá hace patente su deseo de participar en varios proyectos industriales y de energía y la Corporación de Desarrollo de Exportación anuncia una línea de crédito de 500 millones de dólares para financiar exportaciones hacia México.²⁹ Es interesante destacar que tanto el presidente López Portillo como el primer ministro Trudeau convienen que un mercado común norteamericano, una idea que estaba promoviendo Ronald Reagan en los Estados Unidos, "no serviría a los mejores intereses de sus países". Tal mercado, coinciden, institucionalizaría el papel subsidiario de las economías mexicana y canadiense a la economía de Estados Unidos.³⁰

Un año más tarde, el primer ministro Trudeau modifica sus percepciones al revelar que había sugerido al presidente de Estados Unidos que los líderes de los tres países se reunieran periódicamente, aunque el propósito no sería promover un mercado continental de energía o recursos naturales. Por lo pronto las relaciones económicas entre los vecinos del vecino no pueden ser mejores. En 1980, las exportaciones canadienses a México se incrementan en un 104 por ciento y para 1981 el incremento es un no despreciable 98 por ciento.³¹

²⁹ Crane, "Transformación de las actitudes", p. 78.

³⁰ Castro Rea, "Canadá, ¿aliado o adversario?, un punto de vista mexicano", p. 371.

³¹ Crane, "Transformación de las actitudes", p. 79.

También durante 1981 tiene lugar la cuarta reunión del Comité Ministerial Conjunto México-Canadá. La agenda es rica en temas. Además de plantear la posibilidad de la venta de reactores nucleares canadienses a México, los dos países identifican áreas potenciales de cooperación tales como telecomunicaciones, construcción, minería, silvicultura e industrias de papel, y se acuerda un préstamo por 200 millones de dólares de exportaciones canadienses a México durante los siguientes tres años.³²

En otro orden de cosas, por invitación de México, Canadá tiene un papel de mediador en el Diálogo Norte-Sur al copresidir el primer ministro Trudeau, junto con López Portillo, la Reunión Internacional sobre Cooperación y Desarrollo que tiene lugar el 23 y 24 de octubre de 1981 en Cancún, México. A ella asisten veintidós jefes de Estado o de Gobierno de países industriales y en desarrollo.³³

Curiosamente, en el panorama internacional coinciden las posiciones de México y Canadá. En el conflicto centroamericano, por vías diferentes, los dos países llegan a conclusiones similares. Para ambos la fuente de la insurgencia revolucionaria obedece a razones socioeconómicas y no se ubica dentro de la perspectiva estadounidense de la confrontación Este-Oeste. A una solución negociada y no a una salida de la fuerza apuestan las dos naciones. Así, Canadá al apoyar a Contadora le da su aval a los procesos de paz.³⁴

López Portillo, al ponderar el llamado "Acuerdo de San José", que suministra petróleo a los países del área centroamericana, con plazos de 20 años e intereses del 4 por ciento anual, no se olvida de reconocer "ese mismo espíritu que nos llevó a explorar junto con Venezuela y Canadá la posibilidad de hallar otras formas de cooperación económica en la región".³⁵

En 1982, el primer ministro Trudeau visita México de nueva cuenta para reunirse con el presidente López Portillo y discutir las posibilidades de un comercio más extenso e inversiones conjuntas (*joint ventures*) en transportes, minería y construcción. Se discute también la venta de uno o dos reactores nucleares canadienses, pero el 10 de junio, un día antes de que se abrieran las ofertas for-

³² *Ibid.*

³³ Carlos Rico, *México y el mundo: historia de sus relaciones exteriores*, tomo VIII, México, Senado de la República, 1991, p. 102.

³⁴ Jerry Haar y Edgar J. Dosman, *A dynamic partnership: Canada's changing role in the Americas*, Miami, North South Center, 1993, p. 157.

³⁵ Secretaría de Relaciones Exteriores, *20 años de política exterior a través de los informes presidenciales 1970-1990*, México, SRE, 1991, p. 89.

males, México anuncia la imposibilidad de hacer frente al compromiso. El país había caído precipitadamente en la peor crisis de su historia.³⁶

La profunda recesión económica de México detiene súbitamente el dinamismo que había adquirido la relación comercial con Canadá. Asimismo el problema de la deuda viene a complicar aún más la situación, pues se impidió a los bancos hacer préstamos adicionales a países en desarrollo fuertemente endeudados, tales como México.

Todavía en 1984, el presidente mexicano, Miguel de la Madrid, visita Canadá y firma con el primer ministro Trudeau un acuerdo para promover el comercio y la inversión. En el proceso de su reestructuración México se abrió a la liberalización de su economía y en 1986 se unía al GATT. Sin embargo, los líderes de ambos países no se reunirían más hasta 1989, cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari y el primer ministro Brian Mulroney se encontraron, enseguida de la firma del Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos (ALC). El ministro de Asuntos Exteriores, Joe Clark, había visitado México en 1986 para hablar de la deuda externa, pero era un hecho que desde 1985 hasta 1988 el gobierno canadiense estaba exclusivamente interesado en los Estados Unidos y las negociaciones de libre comercio.³⁷

Un nuevo capítulo en las relaciones entre México y Canadá se inicia con la llegada al poder de Carlos Salinas de Gortari en 1988. En su discurso de toma de posesión manifiesta su intención de fortalecer la relación con Canadá. De la intención se pasa a la acción y México, con el concurso de Canadá y Estados Unidos, encuentra la manera de enfrentar el desafío que le presenta el nuevo entorno internacional. En efecto, el mundo de la posguerra fría se había organizado en bloques económicos: la Cuenca del Pacífico por un lado, y la Comunidad Económica Europea por el otro, quedando al margen Estados Unidos y con él la suma de los países que conforman el hemisferio occidental. No participar en la *globalización* vía la llamada nueva *regionalización* implica cerrarse a la modernidad, por lo que México decide abrir su economía y replantear su relación con sus vecinos del norte.

Con Estados Unidos le quita el acento al *conflicto* y lo pone en la *cooperación*, y con Canadá deja de ser el *vecino del vecino* para

³⁶ Crane, "Transformación de las actitudes", p. 80.

³⁷ *Ibid.*

convertirse en el *vecino, vecino*. La idea de formar un gran bloque comercial, ahora sí, sería compartida por los tres países.

México, por necesidad y conveniencia, eleva la relación de Canadá a la categoría prioritaria, y Canadá también, por necesidad y conveniencia, le corresponde de igual manera. En enero de 1990 Canadá formaliza su ingreso a la Organización de Estados Americanos.

El nuevo clima de la relación México-Canadá se refleja en un alud de convenios, memorándums, visitas ministeriales, reuniones de alto nivel y muchas declaraciones oficiales. Las negociaciones y los acuerdos subsecuentes para el Tratado Trilateral de Libre Comercio de América del Norte concluyen el 14 de septiembre de 1993.

A partir de esa fecha, México y Canadá se convierten en socios comerciales dentro del Tratado de Libre Comercio, dando pie a una relación que jamás se pensó pudiera darse entre dos naciones tan cercanas y a la vez tan lejanas.

Actualmente la relación México-Canadá, sustentada en la convergencia, coincidencia y complementariedad, ha inyectado un nuevo dinamismo en el quehacer mutuo de estas dos naciones que va más allá del comercio y la inversión, para abarcar una infinidad de temas: asuntos políticos, medio ambiente, agropecuarios, jurídicos, laborales, culturales y educativos. Relación basada en el respeto a la diversidad de los pueblos, que por ser distintos los iguala.